

III. Poder, política e ideología en la globalización

El neoliberalismo, una ideología contraria al equilibrio social

Raúl E. Cuello*

1. A modo de recordatorio

Parecía que había muerto con la crisis de 1929 y que alguien se había olvidado de otorgarle su certificado de defunción. Colocó al sistema capitalista al borde de su extinción, de la que fue salvado por el resurgimiento de la ideología clásica aggiornada por J.M. Keynes. Resucitó de la mano de R. Reagan y M. Thatcher en la década de los setenta. Debería pensarse que, a partir de la crisis del Brasil, y no obstante el apoyo que recibe de los centros financieros, ha llegado el momento de efectuar las exequias del neoliberalismo.

De concepción monetarista, privilegiante de las variables monetarias por sobre las que se vinculan con la economía real, ingresó con fuerza en los países emergentes en el marco de la denominada globalización, concepto que en realidad se refiere a la nueva frontera ideológica que se consolida luego de la implosión soviética. Sin embargo, sus impulsores y defensores no advirtieron o no quisieron advertir la flagrante contradicción que existe entre la adopción de un régimen político, la Democracia, que es por definición un estilo de vida con igualdad de oportunidad para todos con un sentido profundamente solidario, y el Mercado, en el que el éxito depende ya no de los méritos sino del poder de negociación de quienes concurren al mismo.

En este encuadre somos testigos de un severo cuestionamiento a la economía como ciencia social, dado que hay serias dudas acerca de su aptitud para contribuir a la solución de los graves problemas que aquejan a la humanidad, las cuales están abonadas por los debates entre los economistas, que en no pocas oportunidades se efectúan desde posiciones francamente opuestas.

El privilegio que algunos otorgan al análisis macroeconómico constituye un enfoque unilateral además de insuficiente, toda vez que el presunto equilibrio atribuible a los “fundamentales” demuestra no garantizar ni el

pleno empleo ni la justa distribución de los ingresos. El repliegue del Estado, exigido por el neoliberalismo, no es otra cosa que la pretensión de renuncia por parte de los gobernantes a su función específica: la de gobernar. Dicha función se deja a cargo del Mercado, al que se le atribuyen virtudes que no tiene, dada la ausencia de uno de sus prerequisites como es el de la libre concurrencia (lo cual no debe interpretarse como un rechazo a su rol en cualquier economía moderna). Claro está, con el control que debe realizar el Poder Político para evitar la presencia y acción de los monopolios.

Tanto la macro como la microeconomía son por sus consecuencias sociales lo suficientemente importantes como para quedar libradas exclusivamente a acciones privadas, sin las necesarias decisiones públicas. Lamentablemente, a la clase dirigente parece preocuparle mucho más la estabilidad monetaria que la lucha contra la marginación y la exclusión, cuyos antecedentes inmediatos son los altos niveles de desempleo, subempleo e informalidad laboral. Este cuadro no se revierte sin fuertes liderazgos y políticas públicas, apelando solamente a invocaciones voluntaristas.

¿Constituye esta afirmación un cuestionamiento al formidable edificio teórico en el que se apoya la Economía como Ciencia? En modo alguno. El mismo, originado en los aportes de clásicos como W. Petty (1623-1687), A. Smith (1723-1790), T. Malthus (1766-1834), D. Ricardo (1772-1823), K. Marx (1818-1883) y J.S. Mill (1806-1873), por citar sólo a los principales, da lugar a un modelo con fuerte apego a la realidad. La producción ocupa el lugar central.

Era una teoría lúgubre y con una alta cuota de resignación para las clases más pobres, siendo su expresión concreta la famosa "Ley de bronce de los salarios". Las apelaciones a leyes regulatorias del mercado por parte del Estado en defensa de los consumidores, y el intento de establecer principios de equidad en las finanzas públicas, destacan los caracteres de la economía clásica: su realismo, ya que se combina el compromiso con la producción, y la preocupación por los problemas sociales.

Parece oportuno mencionar que uno de sus precursores, William Petty, recomienda ya a mediados del siglo XVII utilizar las finanzas públicas para compensar las fluctuaciones en el nivel de actividad, anticipando en casi tres siglos a la Teoría Keynesiana, con el fin de evitar el paro involuntario¹. Es en este autor donde se encuentran las primeras elaboraciones de la contribución al financiamiento del gasto público apoyadas en el principio de la capacidad de pago.

A mediados del siglo XIX se producen cambios culturales a los que la economía no resulta ajena. Como consecuencia del auge que adquiere el análisis matemático debido al avance de la física en momentos en que Charles Darwin (1809-1882)² da a conocer su teoría sobre "El Origen de las Especies", adaptada al campo de la sociología y la religión con particular entusiasmo por el filósofo Herbert Spencer (1820-1903), otorgándole el sentido ético necesario para justificar al Mercado como el medio más idóneo para la selección de los más capaces.

Dado que los fenómenos que caen bajo el estudio de la Economía son susceptibles de medición y pueden ser expresados por funciones continuas, el uso del cálculo diferencial se coloca como instrumento indispensable, y da lugar posteriormente a la Escuela Marginalista. Entre algunos de los pensadores fundacionales del Neoliberalismo puede citarse a Cournot (1801-1877), Jevons (1835-1882), Menger (1840-1921) y Walras (1801-1866).

Por oposición a la Clásica, esta escuela tiene una concepción individualista y no social, idealista y no realista, caracteres propios del marco intelectual que arranca en 1860. Resulta un ejercicio muy simple encontrar estos rasgos en la mayoría de quienes adscriben a políticas económicas que privilegian al sector financiero de la economía y no al real, elevando al Mercado a la categoría de dogma al tiempo que descreen del Estado en cualesquiera de sus funciones para lograr la verdadera síntesis de los intereses sociales. Rasgos, en definitiva, que definen a los neoliberales.

Se entiende así el uso intensivo de los "supongamos..." y del pizarrón para demostrar cómo las cosas no son como debieran ser, y explicar ex post lo que no se previno antes. Más que una ideología económica es una

posición intelectual con un alto contenido de ingenuidad, ya que cuando existe divorcio entre la realidad y los objetivos planteados la equivocada siempre es la primera. Permanentemente hay argumentos para racionalizar los fracasos, que descansan obviamente “en los otros” y no en “nosotros”.

2. Introducción

Aunque muchos subestimen la magnitud de la crisis que se inicia con el episodio de Tailandia en julio de 1997, la misma dista de estar resuelta y habrá de prolongarse en el tiempo debido a los encadenamientos inducidos por la globalización. En enero de 1999 alcanza plenamente a Brasil, y la polea de transmisión habrá de impactar en algún momento sobre las economías estadounidense y europea. Aunque parezca un ejercicio de imaginación, basta recordar el grado de exposición financiera que tienen en los países donde la crisis se manifiesta.

Frente a esta realidad, sería de interés analizar dos cuestiones desde la perspectiva argentina: la primera, las características del escenario internacional como consecuencia de políticas económicas neoliberales, y la segunda, cuál será el curso futuro de la economía nacional, que no podrá soslayar la realidad internacional, la cual la encuentra prácticamente desprotegida como consecuencia de la falta de instrumentos propios y de una regla monetaria, que la hace dependiente de decisiones que se toman en los centros financieros.

Tales cuestiones deben ser abordadas con la mayor objetividad posible y exentas del voluntarismo propio de quienes adhieren a la sabiduría convencional, la cual basa sus predicciones en simples indicadores financieros que sólo reflejan decisiones de operadores especulativos: los que al iniciarse 1999 creían que lo peor ya había pasado, y que en modo alguno puede repetirse la crisis iniciada en 1929 y finalizada en 1933. Pasan por alto que hoy estamos en un mundo más complejo, totalmente interrelacionado, menos provinciano y con situaciones sociales de arrastre de características inéditas. Un mundo, además, que carece de liderazgos políticos.

La línea divisoria entre el progreso y la marginalidad no se encuentra como antaño entre el Norte y el Sur. Existen cortes transversales en el Centro y en la Periferia. Hay islas de prosperidad y exclusión social en cualquier país que se considere. La diferencia puede darse tal vez en el acento que algunos ponen para preservar sus tejidos sociales, lo cual es propio de muchas naciones europeas, con mayor conciencia acerca de la importancia de la geopolítica en la proyección de sus futuros.

Asimismo, la creencia en la eficacia de los mecanismos amortiguadores y de las instituciones financieras para prevenir la ocurrencia de escenarios exentos de colapsos económicos y pánicos financieros, es propia de quienes generalmente sólo proyectan futuros cercanos, extrapolando experiencias con mecanismos de ajustes disímiles. Esta visión optimista baja los mecanismos de autodefensa y pasa por alto que, si tuvieran alguna relación con la realidad, las crisis de México, del sudeste asiático, la moratoria rusa y el colapso brasileño, no deberían haberse producido. Sobran testimonios escritos que certifican los graves errores de predicción en que incurrieron, lo cual no parece producirles ninguna incomodidad, confiando tal vez en una memoria social totalmente amnésica. De esta imputación no queda ajeno el FMI, totalmente desprestigiado por sus absurdas predicciones y apoyos financieros.

Existen focos potenciales de desequilibrios mayores a los del pasado, y vulnerabilidades sistémicas en los mecanismos políticos y técnicos, incapaces de detectarlos para quienes no quieran ver la realidad. Dado que nunca se encuentra la razón del fracaso, siempre se actúa ex post facto, y el costo recae obviamente fuera de los límites que enmarcan los intereses de quienes detentan el poder económico y político.

La crisis presente, aún cuando no tengamos la adecuada perspectiva histórica que brinda el transcurrir del tiempo para evaluarla, no es sólo financiera sino también económica, social, política e ideológica. De allí que reviste connotaciones muy particulares y conduce en su dinámica, aún no concluida, a situaciones muy difícilmente predecibles. Para los argentinos, dada la restricción externa a la que está sujeto el país, que lo torna altamente dependiente de los capitales externos, éste es el encuadre en el que la crisis tiene lugar.

3. El fracaso del neoliberalismo

Hasta hace poco parecía carente de lógica cualquier afirmación vinculada a la reaparición de una crisis que pudiera igualar en sus efectos a la que fuera considerada como la peor del siglo XX. Sin embargo, la realidad está superando a la lógica fundada en la imposibilidad. La razón debe buscarse en que la lección de la historia no fue aprendida. En aquel tiempo los Bancos Centrales se encontraron imposibilitados de honrar sus compromisos porque las reservas no alcanzaban para satisfacer la demanda en masa de convertir en oro el papel moneda, lo cual produjo de hecho un efecto contagio debido al sentimiento de pánico generalizado, el cual se profundizaba además en la medida que se adoptaban políticas conraindicadas.

En efecto, la lógica de la ideología neoliberal aconsejaba la restricción de los medios de pago y la contracción del crédito para frenar el drenaje de metálico. Y como si se tratara de fichas de dominó, todos los países del patrón oro fueron cayendo en la medida que se quedaban sin respuestas frente a los efectos de la crisis.

La crisis se liquidó después del abandono del patrón oro por parte de los países que se apoyaban en él, pero además por la aplicación de ideas keynesianas que confirieron al Estado la responsabilidad de la implementación de medidas monetarias y fiscales compensatorias del ciclo, por la Segunda Guerra Mundial, y por el ordenamiento cambiario apoyado en los mecanismos creados más tarde en Bretton Woods.

La resolución de la crisis tuvo un fuerte componente de cambio ideológico, una verdadera revolución ideológica, que basó su diagnóstico en el hecho de que la política económica neoliberal fue incapaz de resolver los temas más acuciantes de la sociedad, el desempleo y la injusta distribución de los ingresos, y de que debía hacerse precisamente lo contrario a la terapia recomendada.

Naturalmente, el colocar al Estado como elemento equilibrador de los intereses sociales, y el reconocimiento explícito del papel disruptor de los monopolios, permitieron la expansión económica que sucedió a la contienda bélica, en el marco de un avance tecnológico en todos los frentes del saber humano -desde la medicina a las comunicaciones, desde los transportes a la conquista del espacio- apoyado en la expansión de la frontera producida por la cibernética.

Desde que se liquidan los efectos de la Gran Depresión y hasta fines de los sesenta, el modelo que dio lugar al famoso Estado del Bienestar impuso sus reglas de juego habiendo eliminado los efectos negativos de las consecuencias acarreadas en la etapa anterior, fundada en el crecimiento hacia afuera con libertad absoluta en el movimiento de capitales. Un mérito que no reconocen, ciertamente, quienes oponen el Estado a los intereses de la sociedad. Ello no justifica, por supuesto, los excesos por parte de los que violaron el principio de neutralidad.

Aquella lección de la historia económica no parece haber sido aprendida. El núcleo de la crisis generalizada estuvo en la contracción monetaria simultánea que produjo la disminución de la actividad económica, y se proyectó en desequilibrios presupuestarios que se reforzaban en la medida que se acentuaba la iliquidez. El hecho de que no se encuentren países centrales con régimen de patrón oro y de que los tipos de cambio sean flexibles garantiza a priori que el mundo esté a cubierto de una recesión generalizada, dado que difícilmente Estados Unidos, Europa y Japón se embarquen en una política simultánea de contracción de los medios de pago.

Sin embargo, paradójicamente, ésa es la política que aconsejan a los países emergentes auditados por el FMI, dando como resultado el descenso de la producción y el aumento del desempleo, el déficit presupuestario y la cuenta corriente del balance de pagos. Todo ello, ajustando al sistema por el tipo de cambio administrado o, como en el caso argentino, a partir del sostenimiento de la convertibilidad.

Pero vale la pena reiterar que más arriba se ha expresado “*garantizaría a priori*”, con lo cual queda abierta la posibilidad que aún esa política, pretendidamente expansiva basada en instrumentos monetarios, no arroje resultados positivos o quede superada por el efecto que puede sobrevenir por el lado de los ingresos, si es que se da el reajuste a la baja de los valores a que han llegado las Bolsas de Valores en Estados Unidos y en Europa, dado el efecto contagio proveniente de Asia, el Este Europeo y Latinoamérica.

Si esto ocurre de nada habrán valido los esfuerzos para equilibrar el mercado mediante la reiterada baja de los tipos de intereses, porque el valor de las acciones reflejará la verdadera rentabilidad de las mismas. En ese caso, el efecto riqueza combinado con la suba implícita de la tasa de interés para la inversión y el gasto de consumo producirá un descenso en las tasas de crecimiento norteamericana y europeas. Recién a partir de entonces la crisis se derramará sobre los países centrales, y comenzará a tener un principio de solución el crítico cuadro que se iniciara con el episodio de la deuda ocurrido en México a fines de 1994 y cobrara impulso a mediados de 1997 en el sudeste asiático.

Mientras tanto, la receta basada en la suba de la tasa de interés, la reducción del gasto público y el aumento de los impuestos, contraindicada por la experiencia histórica para combatir la recesión y el desempleo, se mantiene en plenitud por parte de no pocos economistas en los países emergentes, más preocupados por los mercados de capitales que por el bienestar de sus pueblos. Sus conciencias están tranquilas porque a partir de la estabilidad cambiaria, que se sostiene sólo merced al cumplimiento de la receta impuesta desde los centros financieros, confían en que la microeconomía se arreglará sola, y con ella también el desempleo. Lo realmente negativo es que muchos están convencidos de buena fe, y la posición que asumen es propia de una formación académica deficiente.

Dado que el corte transversal de las sociedades, del que no escapa ningún país, muestra el agravamiento de los conflictos sectoriales y el auge de la delincuencia de todo tipo, es imposible no retornar a políticas macroeconómicas con el mayor grado de libertad posible para solucionar la patología de fines del siglo XX. Si así no se hace, la deflación de precios profundizará las tendencias recesivas, cuyas consecuencias sociales aumentarán la polarización.

El pensamiento neoliberal no tiene otra fórmula que resignarse y confiar en que las fluctuaciones del riesgo país no dificulten el acceso a fuentes de financiamiento, que llevan necesariamente al aumento sistemático del endeudamiento externo con sus efectos futuros sobre la cuenta corriente y la estructura del gasto público, en la que los intereses de éste desplazan a otros de alta prioridad social: los contribuyentes de mañana deberán financiar con sus impuestos el gasto que en el pasado disfrutaron sus predecesores, tal como ocurre en la actualidad.

Es fácil advertir que la política que se sigue en los países centrales está en las antípodas de la que se sugiere a los denominados emergentes. Ha dicho bien, aunque tardíamente, el Presidente de Brasil, Fernando Cardoso, cuando expresara que la globalización está planteada sobre relaciones asimétricas. Las mismas son impuestas por el sistema capitalista, que no busca la manera más eficaz para resolverlas, sino la más conveniente para obtener beneficios. Que el sistema funcione mal no significa que hay que eliminarlo, sino que hay que mejorarlo.

Los líderes de los países discriminados por la globalización debieran comprender que gobernar es sinónimo de tomar decisiones, y desechar la idea basada en la unidireccionalidad de la política económica, que no resuelve los problemas presentes, sobre todo cuando al poner el acento en la ortodoxia financiera potencia la inestabilidad de la economía real.

4. La razón de la asimetría

La evidencia empírica es suficientemente rica respecto de la asimetría en los ajustes que practican y aconsejan los centros financieros. En ellos, el papel central se otorga a la política monetaria activa, que ajusta

por variación del tipo de interés, y produce según sea el caso la devaluación o revaluación de la moneda. Los tres ajustes practicados a la baja en la tasa de interés por parte de la FED desde octubre hasta diciembre de 1998 posibilitaron el sostenimiento de las burbujas especulativas en los centros financieros, pero sirvieron además para devaluar el dólar, principalmente en relación con el yen.

A la Argentina en cambio se la priva de tener política monetaria, y su ajuste debe producirse por vía fiscal, esto es, por el aumento de la presión tributaria, considerando a la evasión y la elusión generalizada como datos de la realidad y produciendo reformas que afectan siempre a los sectores de menores ingresos. Se cumple además con el axioma que establece que la concentración del poder económico deviene en la del poder político, y que nadie legisla en contra de sus propios intereses.

La asimetría descrita tiene su costo en términos de neutralidad, ya que habida cuenta de la mayor eficiencia instrumental de la política fiscal sobre la monetaria, los centros financieros distorsionan al mercado internacional de capitales. En efecto, si en Norteamérica se hace necesario incentivar la demanda doméstica, lo más aconsejable sería hacerlo por el lado del aumento del gasto público, la reducción de los impuestos y el rescate de títulos de la deuda interna, esto es, con la política fiscal idónea para recuperar niveles de actividad económica y aumentar la demanda laboral.

Pero los efectos económicos de la política monetaria difieren en sus efectos de la política fiscal. La primera tiene una vinculación mayor con los intereses del sector financiero. Se trate tanto del alza como de la baja de la tasa de interés, los operadores arbitran en los mercados de títulos y acciones, de los que obtienen posibilidades de altos beneficios, normalmente exentos del pago de impuestos. ¿Pero qué ocurre con el mercado de capitales de los países emergentes? La decisión de la Reserva Federal es el sustituto de la política monetaria de la que carecen países con tipos de cambios fijos, ya que en ellos la base monetaria depende del nivel de la tasa de interés que no manejan, y que se ve además influenciada por el denominado “riesgo país”.

Si por el contrario la política compensatoria se efectuara en el plano de las Finanzas Públicas, no se transferirían al exterior los citados efectos en los mercados de capitales. Tan pronto como se observe el manejo de la política macroeconómica en Estados Unidos, se verá el uso intensivo de la concepción monetarista en lugar de la fiscalista. Esto significa que el costo del equilibrio macroeconómico se pone en los países emergentes. Se llega así a comprender que la identificación entre el neoliberalismo y los sectores financieros es resultante no sólo de una simple preferencia, sino de una muy alta conveniencia. Para quienes tienen capitales nunca es agradable ni conveniente pagar impuestos.

Pero además, el pasaje de una política macroeconómica clásica contracíclica a otra estructuralmente restrictiva persigue como objetivo fundamental controlar todos los riesgos eventuales de tensiones económicas y no a las tensiones mismas, lo cual constituye una diferencia mucho más que semántica.

En síntesis, debe encontrarse la razón de la asimetría con que se manejan los países centrales respecto de las recetas que se imponen a los países de la periferia en la relación de poder que es utilizada para beneficio de los sectores financieros-económicos dominantes en aquellos que han llegado a constituir una estructura que se antepone a las que conforman los poderes políticos. Naturalmente, cuentan con elementos domésticos que favorecen sus estrategias. En algunas oportunidades, los propios gobiernos.

5. El impacto sobre Argentina

Las consecuencias del neoliberalismo en Argentina bajo el régimen de convertibilidad, pueden ser expresadas sintéticamente: crecimiento con estabilidad, sin efecto derrame sobre la sociedad, habida cuenta que es el único país de América Latina donde los salarios reales bajaron y el desempleo aumentó en mayor medida.

El índice de bienestar medido por el acrecentamiento de la incertidumbre respecto de mantener el empleo, y la creciente marginación y exclusión con sus secuelas en términos de drogadicción, delincuencia, crimen y

prostitución, ha descendido en menos de una década hasta el punto de sorprender al observador más pesimista. La gente no sabe ni está obligada a saber de economía, pero sufre sus consecuencias. Su futuro se acota en la medida que se estrecha el presente. Asimismo, la corrupción se extiende por todo el cuerpo social a medida que los sentimientos de solidaridad se debilitan. La filosofía del Mercado ha permeado en la sociedad de modo tal que ha sido suficiente para desplazar, por incapacidad de sostener sus niveles de ingreso, al 60% de la población.

¿Por qué se ha producido esta situación? La respuesta a tal interrogante insumiría mucho más espacio que el destinado a este ensayo, pero podría sintetizarse a partir del diseño de una política económica que, habiendo conferido el carácter de variable instrumental independiente y única al tipo de cambio, restableció el régimen de convertibilidad que los países con tradición en la materia habían abandonado definitivamente luego de la Gran Depresión. Lo que pudo ser un instrumento recomendable para superar la hiperinflación se constituyó en una verdadera trampa al confundírsele con el objetivo más importante de la acción de gobierno: mantener la paridad cambiaria con el dólar independientemente de la evolución de los factores monetarios y reales en Argentina y Estados Unidos desde que fuera establecida.

Así, el régimen de convertibilidad se convierte en la pieza maestra del neoliberalismo para que, una vez asegurada su vigencia, los acreedores internacionales puedan contar con un seguro de cambio gratuito que los ponga a cubierto de eventuales pérdidas de capital por devaluación del peso. Los intereses diferenciales, más altos que los obtenidos en el exterior, arrojan ganancias importantes para quienes vienen a financiar los desequilibrios de los “fundamentals”, basados en la extraordinaria confianza que ofrece el “manejo responsable” de la economía argentina.

Veamos la razón de tales desequilibrios. Primero, en relación con el sector externo. En el año 1998 este desequilibrio, que tiende a aumentar y sostenerse en el tiempo, se ubica en el 5% del PBI. ¿Cómo puede esto ser posible, si en esencia la política económica neoliberal descansa en el argumento del aumento de la competitividad argentina y en consecuencia el país debería generar los excedentes en divisas con su propia producción de modo de acrecentar su endeudamiento sólo en la medida en que estuviera justificado en la inversión de capitales en el sector real de la economía? ¿Se cumplieron los requisitos como para que la competitividad mejorara? Si se concede crédito a los defensores de la ideología neoliberal la respuesta debiera ser afirmativa, pero si se repasa el listado de las condiciones que se requieren para que la competitividad de un país sea real y no imaginaria, veremos que no.

Peor aún. Aunque suene extraño, es posible sostener el punto de vista contrario y decir que la Argentina ha perdido competitividad.

5.1 Criterios para la competitividad externa

Primer criterio: para ser competitivo, cualquier país debe tener en equilibrio a su sector externo. Si no lo está y debe acudir al endeudamiento para cubrir su déficit de cuenta corriente, la tasa de interés que pague debe ser inferior a su tasa de crecimiento. Endeudarse es siempre provechoso en la medida en que la rentabilidad de la inversión sea superior al costo de colocar deuda. No ha sido éste el caso de nuestro país. La tasa de interés promedio de su deuda es superior a la tasa promedio de crecimiento del PBI, no obstante haber alcanzado el 6% promedio anual desde 1991. De acá en adelante, producida la crisis de la deuda brasileña, la primera aumentará más y la segunda disminuirá, aumentando la brecha de pérdida de competitividad.

Segundo criterio: la tasa de inflación no debe ser mayor que la de los países con que se comercia en mayores volúmenes. Si así fuera, los precios habrían de aumentar más que los de los países extranjeros, lo cual de hecho conduciría a la devaluación para restaurar la competitividad perdida. Claro está que cuando el desbalance comercial se hace presente, una forma de recuperar el equilibrio es reduciendo las importaciones por medio de la recesión económica, lo cual permitiría simultáneamente el aumento de las exportaciones.

Naturalmente, este mecanismo de ajuste externo no conduce a una posición de equilibrio del sistema, no sólo por su impacto sobre los niveles de empleo e ingresos, sino porque al mismo tiempo induce un círculo fiscal perverso: menores ingresos estrechan la base imponible, y por ende hay menor recaudación fiscal, afectada además por la menor recaudación de aranceles aduaneros en las importaciones y mayores reintegros a las exportaciones por el recupero del I.V.A. Esta la situación que se registra desde el segundo semestre de 1998 en adelante.

Antes de entonces, la cuenta corriente en rojo se financiaba con el aporte de capitales, lo cual se tenía por virtuoso, sin reconocerse que la mayor demanda de divisas era la consecuencia del exceso de consumo originado en los sectores beneficiados por la regresiva distribución del ingreso y la nunca reconocida sobrevaluación del tipo de cambio.

En consecuencia, se aprecia que no obstante satisfacerse este criterio, el mismo no puede desvincularse de los factores que subyacen a la pseudo-estabilidad y sus beneficiarios.

Tercer criterio: la competitividad requiere de una situación interna de pleno empleo, o al menos que la tasa del mismo sea inferior a la de los países con que se comercia. Esta condición es decisiva y de orden superior a las dos anteriores, dado que carece de sentido acudir al ahorro externo a tasas inferiores a la del crecimiento del PBI y mostrar un escenario de estabilidad total si ello se logra por un paro diferencial mayor. El diferencial de paro habrá de aumentar más a partir de la recesión que se instalará en 1999 como consecuencia de la restricción externa no resuelta por la contracción de la liquidez internacional disponible para los países emergentes.

En conclusión, la aptitud competitiva de un país no se mide por el volumen y calidad de los bienes transados internacionalmente, sino por la forma en que los criterios expuestos quedan satisfechos. En este orden de ideas, queda claro que la economía argentina está inserta en el mundo, al costo de sostener un cuadro social desequilibrado, y no puede en consecuencia considerarse en condiciones de competir internacionalmente brindando al mismo tiempo el bienestar requerido por su población. En realidad, no podría considerarse de otra manera si se concuerda con que el comercio exterior es la expresión productiva del país en condiciones de pleno empleo.

Si el sistema no ha ganado en competitividad externa no genera excedentes para su crecimiento autosostenido, y es natural que tenga desequilibrios en su frente externo que deben ser financiados con endeudamiento, el cual, como se ha visto, no resulta en ventajas económicas por el diferencial de tasas. Pero esto no es todo, porque tampoco la ideología neoliberal ha puesto en orden a las finanzas públicas.

5.2 El déficit fiscal

Constituye un verdadero paradigma para la sabiduría convencional neoliberal. Independientemente del grado de ocupación de la capacidad de producción instalada, se afirma que las cuentas públicas deben estar equilibradas a fin de evitar la emisión monetaria para financiar al Tesoro. La macroeconomía se agota en una muy simple operación aritmética. El pleno empleo se alcanza automáticamente, y poco importan los avances registrados por la teoría económica luego de la Gran Depresión. Sin duda, sus lecciones de macroeconomía no llegaron a los avances registrados desde Keynes en adelante.

Pero como la experiencia de nuestro país lo indica, entre 1991 y 1998 el Gasto Público Consolidado creció nada menos que el 125% en moneda corriente, y aunque los recursos tributarios también crecieron, fueron insuficientes para cubrir la brecha, razón por la cual también ha sido necesario acudir al endeudamiento externo, no obstante el producido por la venta de las Empresas Públicas a las que se consideraba responsables de los déficits del pasado.

De esta manera, la presión sobre los productores argentinos tuvo su antecedente, primero en un tipo de cambio que está sobrevaluado³ y discrimina en contra de los bienes transables, efecto que se acentúa cuando las cotizaciones de los productos en el exterior son inferiores a sus similares argentinos, segundo en el impacto que aporta a la distorsión de la estructura de precios relativos la mayor demanda de bienes no transables por parte del Estado, y tercero porque deben afrontar el costo del financiamiento del mismo por medio de impuestos distorsivos y la tasa de interés real, que hace atractiva al inversor del exterior la compra de papeles de la deuda pública. Con tasas de inflación a valores anuales muy próximas a las de estabilidad absoluta, el costo diferencial del dinero y la mayor presión tributaria, medida por el Gasto Público, constituyen verdaderos agravios a la producción nacional.

La expansión monetaria que tiene su contrapartida en los movimientos de capitales externos se considera virtuosa, mientras que si lo fuera para la colocación de Títulos del Tesoro constituiría una herejía. No se aprecia, o se oculta deliberadamente, que de esta manera la marcha de la economía argentina depende de una variable que nadie en el país controla: los flujos de capitales. De ellos depende la suerte de vidas y haciendas de los argentinos.

Debido a ello no es de extrañar que se dispense más atención y cuidado a los capitales que a los trabajadores argentinos, sean éstos empresarios o asalariados, y que importen más los juicios del establishment financiero local y externo que los de los argentinos, quienes deben sufrir las consecuencias del injusto planteo neoliberal que discrimina en contra de los verdaderos intereses nacionales.

Al plantear en estos términos la problemática la respuesta es que no hay alternativas a la política actual, como si dentro de las restricciones que impone la misma no hubiera posibilidad de redireccionar los pocos instrumentos de los que se dispone. Esto constituye una verdadera trampa intelectual, que el neoliberalismo ha montado a través de sus códigos, y que hace que los economistas en su gran mayoría “hayan comprado” la receta recesiva frente a la presente crisis. Será tal vez porque sobra ejercicio macroeconómico y falta la vivencia de la microeconomía, pero puede ser también porque algunos estén imbuidos de suficiente realismo como para comprender la situación de desventaja que los países emergentes como el nuestro, tienen frente a la tiranía de los acreedores internacionales, y el hecho de que el futuro está enmarcado por la secuencia de estabilidad o devaluación según sea el caso, pero siempre con sacrificio y costo sobre los pobres y los que se van sumando a esta categoría. No habría en verdad otra alternativa.

El criterio de unidireccionalidad y de falta de alternativas es falso y debe rechazarse de plano aún dentro del planteamiento neoliberal. Por ejemplo, ¿quién puede afirmar que el Gasto Público no puede ser cambiado al igual que la estructura tributaria, ambos objetivando una mayor progresividad? ¿Quién puede afirmar que los organismos de control no puedan funcionar para mejorar la calidad de sus servicios y no cometer abusos tarifarios? ¿Quién puede impedir un sistema adecuado para auditar la oferta de bienes sociales tales como la educación, la salud, la justicia, la previsión social? ¿Qué se opone a un eficiente control de las fronteras para evitar la invasión de mano de obra indocumentada, de muy baja productividad, que se aprovecha del gasto público al tiempo que no tributa y remesa al exterior parte de sus ingresos? ¿Quién puede pensar que se puede producir la apertura de la economía sin tener el organismo aduanero adecuado?

El listado precedente no puede considerarse una agresión al orden constituido de manera directa, pero tan pronto como se lo analice con detenimiento se apreciará que no son pocos los sectores de intereses que se benefician de la baja productividad del Estado y su deficiente funcionamiento por apoyarse en un sistema amiguista y clientelista, y no meritocrático como el que impera en los países que imponen a otros las reglas que no practican.

Al neoliberalismo estas sofisticaciones le importan poco y nada, porque todo el esfuerzo está puesto en mantener el sistema financiero sin tensiones y a la Oficina del Presupuesto en equilibrio, sin atender al principio de restricción presupuestaria, porque siempre está abierta la imaginación para crear o aumentar impuestos que recaen fatalmente sobre el reducido universo de quienes los pagan, y también porque el déficit encuentra a

generosos prestamistas dispuestos a arriesgar sus capitales. Ciertamente, el neoliberalismo requiere, para ser practicado con eficiencia, poco más que sumar y restar.

6. El FMI y el neoliberalismo

Una vez que comienzan las dificultades para afrontar los pagos externos, aparece en escena la inefable presencia del FMI, que con el pretexto de ayudar financieramente a los países para superarlas, lo que realmente hace es evitar las pérdidas de quienes asumieron riesgos financieros más allá de lo prudente y transferirlas a quienes deberán ver incrementados sus impuestos, generalmente los más pobres, de modo que se trasladan al futuro los problemas. El F.M.I. y los consorcios de bancos efectivamente aportan capitales para que el país pague a esos mismos acreedores. En definitiva, lo que importa es seguir cobrando los intereses de la deuda que tienen como contrapartida fondos que no estarán disponibles ni para el consumo ni para la inversión local. El F.M.I. es el auditor del endeudamiento y de la recesión estructural, aunque en alguna etapa haya muestras de crecimiento.

Los neoliberales desconocen un principio mercantil muy elemental: nadie se hace rico pagando intereses. En realidad, la proposición válida es la inversa. Los acreedores realizan su actividad, al igual que los grandes especuladores bursátiles de los países centrales, con poco riesgo, dado que siempre estará presente de un modo u otro la mano salvadora que solucionará las eventuales pérdidas. Algunas veces la Reserva Federal bajando tasas de intereses, y otras el FMI proveyendo fondos.

Distinto sería el caso si quienes se sobrestimaron se hicieran responsables de sus errores y asumieran las pérdidas emergentes, tal como impone el mercado al que pontifican pero en el que no creen a la hora de aceptar sus reglas. En todo caso, debieran renegociar sus créditos como cualquier acreedor, y el aporte internacional dedicarse a la expansión de la economía deudora, con el fin de generar recursos externos que a más largo plazo hagan a la sociedad con mayor capacidad de pago. ¿Por qué deben ser los pobres quienes paguen la fiesta a la que no han concurrido? Sencillamente, porque el FMI y los organismos multilaterales de crédito son funcionales a la operatoria del Neoliberalismo en los países emergentes.

7. Conclusión

Lejos de solucionar los problemas del subdesarrollo, la escuela neoliberal los agrava al polarizar en forma creciente a los sectores sociales. Alertar al respecto no implica en modo alguno una crítica al sistema capitalista ni tampoco a la filosofía liberal, pero sí poner de manifiesto que se trata de una corriente de pensamiento de la que sacan ventajas los especuladores, la cual tiene como mérito el hacer creer a los observadores que es la única fórmula viable en el mundo moderno, y que sus principios deben aplicarse *urbis et orbis* independientemente de las características propias de cada país. Da lo mismo que sea Brasil, México, Argentina, Venezuela o Corea del Sur.

No son iguales Suecia, Italia, Canadá, Japón o Estados Unidos, pero aplican políticas económicas basadas en sus recursos, sus intereses nacionales y en la concepción geopolítica que los caracteriza. Se trata de un problema práctico y no doctrinario.

Nadie puede realizar la función del mercado con más eficiencia, ni nadie puede realizar la que compete al Estado en su rol de orientador, regulador y árbitro de los intereses sectoriales. Estar en oposición al neoliberalismo es estar en contra de una concepción exclusivamente individualista y no social. Es estar a favor de la equidad distributiva, que sólo puede resolverse aplicando criterios políticos. Es estar a favor del tejido social, que da el carácter distintivo a cada país porque hace a su propia cultura.

El día en que se comprenda que las Instituciones de Bretton Woods deben volver a abocarse a las funciones para las cuales fueron creadas en el marco de una verdadera red solidaria internacional, entonces el Neoliberalismo pasará a ser un recuerdo del pasado. Será el momento en que sus panegiristas deban asumir los riesgos que recomiendan a otros, razón por la cual dejarán de ganar el dinero tan fácil como lo logran ahora a costa de quienes no tienen recursos para oponerles. Será ese el momento que deje de socializarse el riesgo, tal como ocurre ahora, a fines del siglo XX.

Notas

* Doctor en Ciencias Económicas, UNBA, 1959. Master de Economía, Universidad de Columbia, 1964. Ex-Director de la DGI. Ex-Subsecretario de Ingresos Públicos. Profesor Ordinario Titular de Economía, UCA, desde 1965.

1. W. Petty – Treatise of Taxes and Contributions (1662).
2. La obra de este famoso naturalista inglés, apareció el 24/11/1859, y su edición de 1250 ejemplares se agotó en el mismo día. La obra en general, trata acerca de la evolución de las especies, para lo cual se apoya en la aporte de la paleontología entre otras evidencias.
3. A. Buscaglia, citado por el autor en su libro “Política Económica y Exclusión Social”, Ed. Macchi, Julio 1998, Bs.As.